

cio, sus costumbres y sus altares. Esto recomendaba el mismo Coran respecto de los pueblos conquistados y tributarios; esta era la política liberal de Soliman en Moldavia, Valaquia, Hungría, Grecia, Siria, y en la misma Constantinopla. La diferencia de religion constituía contra los cristianos una inferioridad civil y política, pero no autorizaba ninguna tiranía legal sobre la persona, las costumbres, la propiedad ó la conciencia de los súbditos cristianos. La Turquía estaba en guerra con los príncipes, pero no con los dogmas. Al extenderse se habia secularizado su propaganda, se podian contraer alianzas con ella sin abjurar su Dios.

LV

La literatura otomana habia seguido, bajo los últimos reinados y especialmente bajo el de Soliman, los progresos de la civilizacion y de la política. Las artes, las ciencias, las letras que se eclipsan con los príncipes conquistadores, renacen con los legisladores. Él mismo cultivaba la filosofía y la poesía; sus versos la firmaba con el pseudonimo de Muhibbi, palabra

que significa el *hombre de corazon simpático*. Sus composiciones poéticas, marcadas con el sello de una moral piadosa y de una pasión tierna por la felicidad de los pueblos, se resienten de la negligencia del guerrero y el hombre de estado que suelta la espada para coger la pluma. Pero admiraba en los otros con entusiasmo la perfeccion de sus obras, y perdonaba á los escritores de su época las ofensas que infería á veces su genio poético.

El mayor poeta lírico, Abdul-Baki, el *Inmortal*, así llamado ántes de morir, escribía bajo los auspicios de su reinado. Abdul-Baki se atrevió á celebrar en una elegía, semejante á la de La Fontaine sobre la desgracia de Fouquet, la muerte del infortunado Mustafá, sacrificado por su crimen ó acaso por su virtud. Estos versos fúnebres, muy pronto populares en Turquía, encerraban muchas quejas inarticuladas contra el padre de Mustafá. Las lágrimas del poeta quemaban la herida del corazon del padre y del sultan. Se creyó que Abdul-Baki seria estrangulado.

Soliman premió su valor en vez de castigarlo; él mismo envió al autor un poema en el que se felicitaba de haber reinado por los derechos que le daba su nacimiento en un siglo ilustrado por uno de esos genios, que reinan por la superioridad que les da la naturaleza sobre el resto de los hombres; él

lo llama *Immortal* y le predice que las edades futuras ratificarán ese título, el mas bello que puede alcanzarse en vida tan transitoria como la humana.

A la muerte de Soliman, Baki escribió una oda fúnebre considerada por los otomanos como *el sepulcro mas espléndido*, consagrado á un grande hombre por la poesía.

Nueve poetas inferiores al *Immortal*, pero superiores á todos los que habian admirado los otomanos rivalizaban con Abdul-Baki y disputaban á este Píndaro de los turcos la popularidad y los favores de Soliman. Hammer, el Quintiliano de la literatura otomana, enumera con arreglo á los anales y las bibliotecas del imperio sus nombres y sus obras. Eran estos, el muftí Abu-Sood, que lloró tambien la muerte de Soliman, su señor y su amigo; Khiali, tan rico de imágenes, que el sultan comparaba sus palabras á los diamantes, despues de asignarle una pension de diez mil piastras; Ghazali, el único que profanaba el amor, esta virtud del corazon, asociándolo al libertinaje, que es su sacrilegio; Fuzuli, el Anacreonte de los turcos, que cantó los delirios del ópio y del vino, y las ternuras de Leila y de Medjnun; Djelili, á quien inspiraron las aventuras persas de Schirin, asunto inagotable para los orientales; Fikri, que describió en verso la marcha luminosa de los

astros; Rewani, autor del libro de los Placeres; Lamii, que introdujo en Turquía las fábulas de Bidpai, poesía pueril y parabólica que encanta eternamente la infancia de los hombres.

Otros ciento cincuenta escritores ó poetas eminentes brillaron en este reinado literario en Constantinopla. Trescientos ilustraban las provincias lejanas del imperio. Una historia universal del persa Lari, llamado por Soliman de Tauris á la córte, sirvió para difundir en Turquía las nociones generales de la historia y para desacreditar los cuentos que falsean las ideas y que extravian al pueblo. Birgeli, cuyas obras se reimprimen todavía, escribió los comentarios de la jurisprudencia y la legislación.

Los Anales del imperio, redactados sucesivamente por cinco historiógrafos, registraron dia por dia los acontecimientos nacionales.

El carácter de estos historiadores otomanos es la sinceridad, el énfasis y el escrúpulo llevado á la exageracion; pero corregidas por los venecianos y las correspondencias de los embajadores residentes en Constantinopla, estas memorias históricas no dejan oscurecido ningun carácter ni suceso de la historia otomana. Ningun pueblo posee en sus archivos mas documentos acerca de su propia historia. La mayor parte de ellos están redactados por visires, ó por ele-

vados funcionarios del serrallo, testigos, confidentes ó actores de los dramas que escriben. Cuando el hecho puede deshonrar al sultan, no mienten, se callan, el silencio es su lisonja. Esta laguna en la narracion la llenan las noticias dirigidas por los agentes diplomáticos á sus córtes. El ministro de negocios extrangeros, Feridun, y los dos nischandjis, Mustafá-Djelalzáde y Mohammed-Ramazanzade, son en el reinado de Soliman los mas ilustres y los mas completos de estos historiadores hombres de estado.

LVI

La filosofía y la religion, esta filosofía popular, se depuraron como la política, las costumbres, las leyes, las artes y las letras bajo esta época culminante de la civilizacion otomana. Los dogmas, puerilizados hasta entónces por las supersticiones y las fábulas que habia agregado la Arabia á la sencillez del Coran, se esclarecian bajo la pluma de los comentaristas y reformadores. El islamismo remontaba cada vez mas desde su naturaleza á un theismo constituido en culto y una conciencia humana escrita. La única de-

finicion de Dios enseñada en las mezquitas y las escuelas del imperio hasta para dar una idea del dogma fundamental, de donde emanan todos los demás.

« ¿Qué es el Coran? » decia el catequista musulman.

— « El Coran, respondia el neófito, es la palabra « increada de Dios; él está escrito en nuestras lenguas, grabado en nuestros corazones, articulado « por nuestros lábios, oido por nuestros oidos, en los « que se recibe el sonido de la palabra, pero no la « palabra (el verbo) misma, que es eterna y existe « por sí. »

— « ¿Qué dice el libro? » prosigue el catequista.

— « Dice, respondia el neófito, que el criador de « este mundo es Dios (Aláh); que Dios es único y « eterno, que vive, que es todopoderoso, que lo sabe « todo, que está dotado por sí mismo de voluntad y « de accion, que no hay en él ni forma, ni figura, « ni límites, ni número, ni partes, ni multiplicaciones, ni divisiones, porque no es cuerpo ni materia, que no tiene ni principio ni fin, que es por « sí mismo sin nacimiento, sin generacion, sin lugar en el espacio, sin habitacion fuera del imperio, « del espacio y del tiempo, incomprendible en su naturaleza y sus atributos. — Así, prosigue el catequista, Dios está dotado por sí mismo de vida, de

« poder, de voluntad, de acción y de palabra (verbo);
 « esta palabra eterna no tiene letras, ni caracteres, ni
 « sonidos, y su naturaleza puede definirse solo como
 « lo contrario del silencio. »

La oración, la vida moral y la caridad eran las prescripciones únicas pero imperativas y generales del culto, y la autoridad de estas prescripciones no sufría ni excepciones, ni condescendencias, ni debilidades en sus ministros en favor de los mismos sultanes. Su lenguaje no se plegaba ante los vicios del príncipe. Amurat II, entregado á desórdenes reprobados por el Corán, es apostrofado sobre el puente de Andrinópolis por el predicador,

« ¡Sultán augusto! » le dice el hombre de la ley sagrada, « no tenéis tiempo que perder para detene-
 « ros en la pendiente del abismo; abierto bajo vues-
 « tros pasos por vuestros pecados, y vuestras preva-
 « ricaciones contra la santa religión! Tocáis al tér-
 « mino de vuestro reinado y al último soplo de
 « vuestra vida; el ángel de la muerte está á las
 « puertas de vuestro serrallo, abrid vuestros brazos
 « y recibid con resignación este mensajero del cielo:
 « este es el destino de toda la humanidad. Dichoso
 « el hombre que piensa y se prepara para ello du-
 « rante su vida! ¡Apresuráos pues, ó padischah! á
 « borrar con vuestras lágrimas de arrepentimiento

« las manchas de vuestros pecados, para merecer la
 « felicidad eterna, prometida á los que siguen el ca-
 « mino de los buenos, y mueren en él! »

El sultán, conmovido y contrito, paró su caballo, y pronunciando el acto de fé, se golpeó el pecho, corrigió sus costumbres, y vivió en la oración y la austeridad hasta el fin de sus días.

Bajazet II, libertino también, sufrió con igual deferencia la censura religiosa de los *mollas* y de los jueces de *Brusa*. Habiendo querido este soberano ser testigo en una causa que interesaba á uno de sus favoritos :

« Creemos en vuestra palabra, » le dijo el molla Fenarizade, juez religioso que presidía el tribunal, « pero no podemos admitir el testimonio de vuestra
 « alteza en una causa jurídica. »

Admirado y ofendido, el sultán preguntó al molla el motivo de la recusación. « La ley exige, » contestó Fenarizade, « que se admita el testimonio de los mu-
 « sulmanes que practican el culto exterior, y como
 « vuestra alteza no hace las cinco oraciones prescri-
 « tas en común á los fieles, no podemos en concien-
 « cia oírla como testigo. »

Humillado y arrepentido, Bajazet se sujetó desde aquel día á hacer sus *namaz* ú oraciones en la mezquita y con el pueblo.

Los dogmas del islamismo se elevaban cada vez mas por los sabios en la época de Soliman, en las sectas y las escuelas á la filosofía trascendental.

Viendo Kamran, dicen las crónicas, que se acercaba su fin, dijo á los discípulos que rodeaban su lecho de muerte: « Yo creo en la divinidad del Criador, en la profecía de la inteligencia, en la santidad del alma razonable, en el cielo universal establecido para *Kiblah* (templo, altar, horizonte de la Meca, hácia el que se debe mirar en el acto de oracion), y detesto todas las demás supersticiones. »

Antes de espirar, recogió este filósofo sus fuerzas, y pronunció con conviccion el nombre del Ser Existente por sí mismo, del alma, de la inteligencia, de la razon y del mundo, obra del Criador. Los discípulos repitieron en coro las palabras que pronunciaba como fórmula de fé hasta el último y eterno silencio. Habia vivido mas de cien años y conservado hasta el término de su vida su inteligencia y su piedad en toda su fuerza y ardor.

LVII

Tal era la elevacion de las instituciones, del gobierno, de las artes, de las letras, de la filosofía, de la religion de los otomanos á la muerte de Soliman II. La civilizacion y el imperio no habian cesado de desarrollarse desde Othman hasta él. No se puede calcular hasta qué grado de poder y de progreso, y cuanto hubiera durado así el imperio subiendo cada vez mas, prescindiendo de las causas sordas de decadencia que comenzaban á revelarse en la naturaleza del gobierno otomano. Las principales, perceptibles desde aquel tiempo al ojo del filósofo y del estadista, nos parecen haber sido:

1º La poligamia, que, constituyendo anárquicamente la familia, introducía hasta la imperial la confusion de los derechos de nacimiento, perjudiciales á la constitucion incontestable y evidente de los derechos de la soberanía hereditaria por el orden de la primogenitura;

2º La sucesion al trono, mal asentada en la persona de los hijos del sultan, obligando á los herma-

nos á matarse entre sí á la muerte de su padre para evitar las competencias de familia;

3º La constitucion primitiva de los turcos en tribus patriarcales, las unas nómadas; las otras sedentarias, prestándose mal á la unidad de la nacion, única forma vital y duradera de los imperios;

4º El defecto de homogeneidad de raza, de religion, de costumbres y de patriotismo en esta vasta y confusa aglomeracion de súbditos que da la conquista, pero que no asimila tan pronto al pueblo conquistador, de donde resulta la desigualdad, y por consiguiente la iniquidad en las condiciones civiles de los súbditos;

5º El gobierno de las provincias por medio de sátrapas, ó bajás, la falta de administracion uniforme y universal sin la que se explota un territorio, pero no se gobierna, no se civiliza, no se enriquece ni puebla una nacion;

6º En fin, la identidad en la constitucion civil de los otomanos, de la ley religiosa, de la ley civil y de la ley política, de suerte que el legislador y el soberano no podian tocar á la ley para corregirla sin que pareciese que tocaban al mismo tiempo al dogma inviolable y eterno, vicio de las teocracias, que sancionan los abusos y condenan todo progreso como un sacrilegio.

Hé aquí las causas someramente expuestas de la decadencia del imperio, que la prosperidad del reinado de Soliman ocultaba á las miradas de los otomanos, y que nosotros vamos á ver desarrollarse bajo sus sucesores con una rapidéz igual á la de su ascenso.

Hé aquí los vicios que la experiencia, única escuela de los pueblos, la virtud de los últimos sultanes y las luces de los hombres de estado otomanos trabajaban medio siglo hace por extirpar, con el noble fin de regenerar el imperio.

FIN DEL TOMO CUARTO.



IMPRESA PUBLICA DEL ESTADO

